

LA CRÓNICA

En todo conflicto entre la gramática y la vida...

ARCADI ESPADA

Arbó y el Delta del Ebro es el último viaje literario, cercano e inédito, que nos queda. La editorial Columna edita ahora el primer volumen de la obra catalana del escritor de San Carlos —la castellana ha de atender todavía turno de rehabilitación—, cuando el mundo que le dio aliento narrativo y poético se bate en inexorable retirada. Todavía es tiempo, sin embargo, de cargar el equipaje con *Terres de l'Ebre*, o *Camins de nit*, o *Tino Costa*, sus tres grandes novelas; con sus recuerdos de infancia agrupados en *Los hombres de la tierra y del mar* o con sus narraciones breves de *Relatos del Delta*; cargarlo y viajar con ellos hasta el cenit de ese mundo desarticulado, obscuro, donde la luz convierte cada trozo de tierra en un instante extremadamente fugaz, insalvable. Un mundo de arrozal y ciénaga, de arquitectura vagamente colonial y cielos sin fondo, de hombres crecidos en la bronca de la vida. Ese mundo ha desaparecido ya: pero hace poco que el presente ha levantado su zarpa y la huella está fresca.

Arbó fue un escritor entero, uno de los muy escasos profesionales de la literatura catalana. Mientras los trémulos evaluaban en plena posguerra qué margen quedaba aquí entre la ética y la estética, él seguía en el Oro del Rhin, o en el Salón Rosa, o en el Términus ligando cuartillas de papel barato garabateadas con una letra imposible. De estirpe nitidamente barrojana, descuidado vital y sintáctico, Arbó estaba convencido de que su literatura debía interpretarse como una larga salmodia, donde lo que interesaba era el eco y no los pequeños azares de la partitura. Creía que darle esmeril al fragmento era una cursilería. Y acabaremos, con la crecida de la edad, dándole toda la razón.

Durante mucho tiempo, claro está, Arbó no fue considerado un escritor catalán. Había cometido lesa traición a la patria por utilizar el castellano en sus novelas; en sus artículos periodísticos. Él venía de un mundo bilingüe y su madurez como escritor y como hombre había sido atravesada por la guerra civil. Pero evidentemente esas no eran razones suficientes para tanto hrosuelto. Tampoco es, en el fondo, la única razón de su marginalidad. Arbó era en sus artículos un hombre escasamente misericorde



Sebastián Juan Arbó, de pesca en el mar de San Carlos.

con el catalanismo y con la izquierda, un individualista feroz en tiempos en que la congregación estética y patriótica tocaba a rebato, y había escrito una espléndida biografía de Verdaguier en la que la carne y el hueso del poeta aparecían en crudo, atrevimiento que tocó para siempre la fibra de algún mandarín conspicuo. Por si fuera poco, en el año 1968 obligó a desterrar de su edición de *Tino Costa* —con éxito sólo parcial como atestigua el trabajo que ha hecho ahora el filólogo Emili Rosell para la edición de Columna— todos los *llur*, *òdluc*, *nogensmenys*, *hom*, *quelcom* y otras tiernísimas ortopedias con que ciertos correctores han infestado la prosa literaria catalana, contando con el asentimiento o la simple resignación de los escritores. Para tal destierro había seguido el áureo consejo dictado por uno de sus editores, Joan Sales, que escribía en una nota pre-

via a *Incerta glòria*: "En todo conflicto entre la gramática y la vida las personas de *seny* darán siempre preferencia a la vida".

Arbó fue el novelista de una generación presuntamente sin novela y el hombre que era capaz de recorrer a nado cada verano y hasta edad muy proveya el trayecto entre San Carlos y la lejana isla de Buda. Es decir, alguien infrecuente en el paraje de infiernillo bohemio o de mesa camilla que ha nutrido, aquí y en Pekin, tantos desahogos caligráficos. Sus libros merecen una visita. Si además tenéis la fortuna de leerlos allí donde las acoquias explican cómo los hombres plantaron cara al desierto —a todos los desiertos— y donde el viento aviva todavía el rescoldo de pasiones desusadas, la impresión será vivísima: el delta de Arbó es un considerable específico contra *l'enemi*. Contra el sopor de la letra, contra el sopor de la vida.